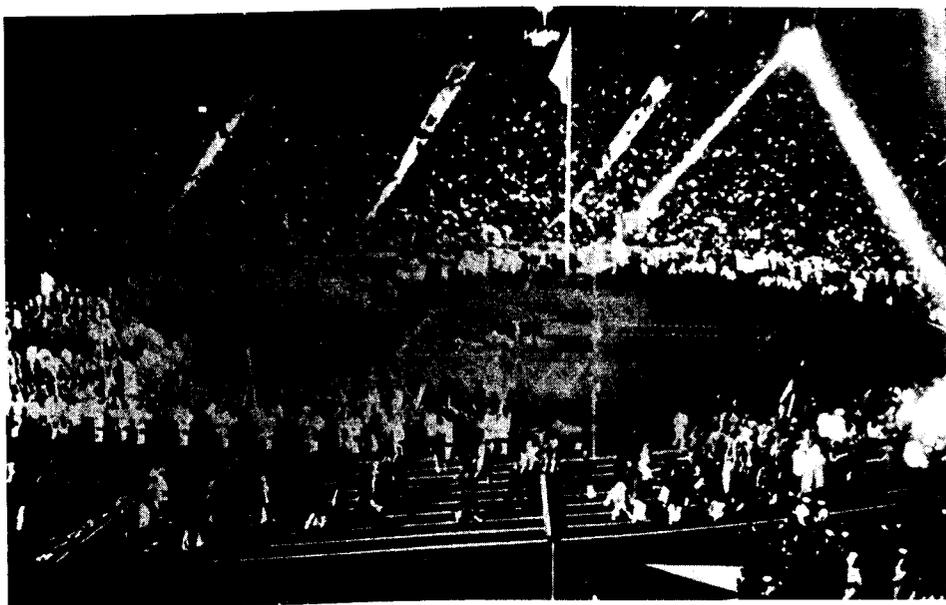


EDITORIAL

FIELES A LA CITA OLIMPICA



Nuestra revista nació en un año olímpico, el ya lejano de Tokyo, y lógicamente no podía faltar en esta ocasión, como en otras precedentes, dedicar una de las editoriales del presente año al tema olímpico, tema de otra parte recogido también en una de las secciones de este mismo número.

La cita olímpica tiene como nuevo marco la ciudad canadiense de Montreal. Muchas y muy diversas han sido las vicisitudes por las que ha pasado el escenario de los próximos Juegos Olímpicos, pero al fin los inconvenientes han sido superados al parecer, y las Olimpiadas van a marcar una vez más un hito histórico en el deporte mundial, fieles a su cuatrienal convocatoria sólo interrumpida por las dos últimas guerras mundiales.

Si en este momento tuviéramos que formalizar un único deseo, sería el de que estos Juegos Olímpicos sean lo que para los iniciadores constituyó la fundamental de sus aspiraciones: La noble y leal competencia entre hombres en paz, sea cual sea su raza, religión y credo político.

Por ser la gran fiesta de la juventud deportiva mundial, rechazamos toda posible manipulación ajena a los intereses de sus verdaderos protago-

nistas. Por representar la máxima expresión de una actividad libre de condicionamientos partidistas, exigimos un talante recto e imparcial en todos cuantos de una u otra forma intervengan como jueces válidos.

Prescindamos de una vez por todas de lo que pueda suponer motivo de discriminación a nivel personal o colectivo, y demos rienda suelta a una generosa comprensión acorde con idéntica generosidad con que los atletas ofrecen su esfuerzo en el estadio.

Aprovechemos la soberbia lección que se desprende de la victoria acogida con humildad o de la derrota aceptada con dignidad y sepamos aplicarla a nuestra vida y a nuestros actos.

Evitemos llevar a los Juegos la carga pasional e intransigente de las banderas políticas, de los ciegos nacionalismos o de las revanchistas reivindicaciones, y respetemos la autodeterminación del hombre en una de las pocas ocasiones en que la sociedad le permite comportarse como un ser enteramente libre.

Sepamos desbrozar de entre tanto triunfalismo que, inevitablemente, enmarca al hecho olímpico, toda la rica gama de valores culturales y sociales que encarna, proyectándolos hacia nuevas fórmulas dialécticas.

No quisiera puedan parecer estas líneas el idílico canto a un pasado irrepetible de vestales procesionarias a lo largo del río Alfeo, ni de místicas exaltaciones a los dioses del Olimpo, preferiría fuese el canto de esperanza hacia un futuro de hombres capaces de comprenderse aunque sean de distinta raza, profesen distintas religiones o sustenten ideologías políticas diferentes.

Creo, y lo he repetido en otras ocasiones, que el momento más emotivo de unos Juegos Olímpicos es aquél en que liberados los atletas de su responsabilidad competitiva y roto el protocolo, desfilan entrelazados hombres y mujeres de todos los continentes con las banderas arriadas y la noche de despedida cayendo sobre el estadio.

J. G.